

la raza mongolesa : el primero presenta una línea facial mas inclinada, aunque mas recta que la del negro; no hay en todo el globo raza alguna cuyo hueso frontal sea mas deprimido hácia atras, ó que tenga la frente menos saliente*. El Americano tiene los huesos del juanete casi tan prominentes como el mongol, pero sus perfiles son mas redondeados, formando ángulos menos agudos; la quijada inferior es mas ancha que la del negro; los ramales de ella estan menos abiertos que en la casta mongolesa; el hueso occipital es menos combado, y las protuberancias correspondientes al cerebelo, y en las cuales el sistema de M. Gall pone tanta importancia, son poco perceptibles. ¿Podríamos acaso decir que esta casta de hombres de color bronceado, que comprendemos bajo el nombre genérico de indios americanos, es una mez-

* Este aplastamiento extraordinario se halla en los pueblos que nunca han conocido los medios de producir deformidades artificiales, como lo acreditan los cráneos de indios mejicanos, peruanos y otros, que M. Blonpland y yo hemos traído y colocado en el museo de historia natural de Paris. Yo me inclino á creer que el bárbaro uso, introducido en algunos aduares salvages, de comprimir la cabeza de los niños entre dos tablas proviene de la idea de que la hermosura consiste en tener el hueso frontal conformado de manera que marque la raza de un modo positivo. Los negros dan la preferencia á los labios mas gruesos y mas prominentes; los calmuco la dan á las narices arremangadas; los griegos en las estatuas de sus héroes realizaban la línea facial de 85 á 100° mas de lo natural. (Cuvier, *Anat. comparée*, tom. 2, p. 6.) Los aztecas que nunca desfiguraron la cabeza de los niños, representaban sus principales divinidades (segun se ve por sus manuscritos geroglíficos) con la cabeza mucho mas aplastada que todas las que he visto de los caribes.

cla de pueblos asiáticos y de indígenas primitivos peculiares de este vasto continente? ¿ las figuras con enormes narices aguileñas que se observan asi en las pinturas geroglíficas mejicanas conservadas en Viena, en Veletri y Roma, como en los fragmentos históricos que he referido, podrian acaso indicar la fisonomía de algunas castas extinguidas? Los salvages del Canadá se denominan á sí mismos *Metoktheniakos*, esto es, hijos del sol, sin que las *ropas negras** (nombre que dan á los misioneros) hayan podido persuadirles lo contrario.

En cuanto á las facultades morales de los indígenas mejicanos, es difícil darles su justo valor, si no se considera esta casta sino en el estado actual de envilecimiento en que la tiene una larga tiranía. Al principio de la conquista de los españoles, la mayor parte de los indios mas acomodados, y en quienes se podia suponer alguna cultura de entendimiento, perecian víctimas de la ferocidad de los europeos. El fanatismo cristiano se ensangrentó principalmente contra los sacerdotes aztecas; se exterminaron los Teopixquis ó ministros de la Divinidad, todos los que habitaban los Teocallis** ó casas de Dios, y á los cuales podria considerarse como depositarios de los conocimientos históricos, mitológicos, y astronómicos del pais; porque los sacerdotes eran los que observaban la sombra meridiana en los relojes de sol, y los que arreglaban

* Volney, tom. II, p. 438.

** De Teotl, Dios, Θεός.

las intercalaciones. Los frailes hicieron quemar las pinturas geroglíficas por medio de las cuales se transmitian los conocimientos de todas clases de generacion en generacion. Privados aquellos pueblos de estos medios de instruccion, cayeron en una ignorancia tanto mas profunda, cuanto los misioneros, poco versados en las lenguas mejicanas, les daban muy pocas ideas nuevas en reemplazo de las antiguas. Las mugeres indias que habian conservado algunos bienes, prefirieron enlazarse con el pueblo conquistador, á participar del desprecio con que se trataba á los indios. Los soldados españoles deseaban estos enlaces tanto mas, cuanto eran muy pocas las mugeres europeas que habian seguido el ejército. Asi no quedó de los naturales del pais sino la casta mas miserable, los pobres labradores, los artesanos, entre los cuales habia un gran número de tejedores; los mozos de carga de quienes se servian como de bestias, y sobre todo las heces del pueblo, esto es, aquella multitud de perdioseros que en testimonio de la imperfeccion de las instituciones sociales y del yugo de la feudalidad, llenaban ya en tiempo de Cortés las calles de todas las grandes ciudades del imperio mejicano. ¿Como pues se podrá juzgar por estos miserables restos, de lo que era un pueblo poderoso, y del grado de cultura á que hubiese llegado desde el siglo XII hasta el XVI, y mucho menos de los progresos intelectuales de que es susceptible? Si algun dia no quedasen de la nacion francesa ó alemana sino los pobres del campo ¿se po-

dria leer en sus fisonomías que eran parte de los pueblos que han producido los Descartes, los Clairaut, los Kepleros y los Leibnitz?

Nosotros observamos que aun en Europa la gente comun no hace en siglos enteros sino progresos infinitamente lentos en la civilizacion. El hombre del campo de la Bretaña ó de la Normandía, el habitante de la Escocia setentrional, se diferencian hoy bien poco de lo que eran en tiempo de Enrique IV, y de Jacobo I. Estudiando lo que nos refieren las cartas de Cortés, las memorias de Bernal Diaz, escritas con una admirable sinceridad, y otros historiadores contemporáneos acerca del estado en que se encontraron en tiempo del rey Motezuma II los habitantes de Méjico, de Tezcuco, de Cholulla y de Tlascala, parece estamos viendo el cuadro de los indios de nuestro tiempo: la misma desnudez en los paises calientes, la misma forma de vestidos en el alto llano central, los mismos hábitos en la vida doméstica. Ni como puede haber en aquellos indígenas grandes mudanzas, cuando se los tiene aislados en pueblecillos, donde los blancos no se atreven á establecerse; cuando la diferencia de las lenguas pone una barrera insuperable entre ellos y los europeos; cuando estan sufriendo continuas vejaciones de parte de unos magistrados elegidos en su seno solo por consideraciones políticas; y en fin cuando no pueden esperar su perfeccion moral y civil, sino de un hombre que les habla de misterios, dogmas y ceremonias, cuyo objeto les es desconocido?

No se trata de ventilar aquí lo que fueron los mejicanos antes de la conquista de los españoles; ya hemos dicho algo de esto al principio de este capítulo. Si se observa, que los indígenas tenían un conocimiento casi exacto de la duración del año, que hacían sus intercalaciones al fin de su gran ciclo de 104 años, aun con mas precisión que los griegos *, los romanos y los egipcios, se inclina el ánimo á creer que estos progresos no son efecto del desarrollo de las facultades intelectuales de los mismos americanos, sino que los debían á su comunicacion con algun pueblo muy adelantado del Asia central. Los Toltecas se dejan ver en la Nueva-España en el siglo VII^o los aztecas en el XII^o, y ya entonces levantan el mapa del país que habían recorrido, construyen ciudades, caminos, diques, canales, inmensas pirámides exactísimamente orientadas, y cuya basa tiene hasta 438 metros de largo. Su sistema de feudalidad, su gerarquía civil y militar se encuentran ya desde entonces tan complicadas, que es preciso suponer una larga serie de acontecimientos políticos, para que se hubiese po-

* M. Laplace ha encontrado en la intercalacion mejicana (acerca de la cual le he dado varios materiales recogidos por Gama) que la duración del año trópico de los mejicanos es casi idéntica con la señalada por los astrónomos de Almamon. Véase acerca de esta observacion, importante para la historia de los aztecas, la *Exposicion del sistema del mundo*, 3^a edicion, p. 554. *Les Vues des Cordillères et Monumens des peuples de l'Amérique*, in-8^o, tom. 1, p. 332-392; tom. 2, p. 1-99, y la noticia histórica que se halla al fin de este capítulo sexto.

dido establecer el enlace particular de las autoridades de la nobleza y del clero, y para que una pequeña porcion del pueblo, esclava del sultan mejicano, hubiese llegado á sojuzgar la gran masa de la nacion. La América meridional presenta formas de gobierno teocráticas: tales eran los gobiernos del Zaque *, de Bogota (la antigua Cundinamarca) y del Ynca del Perú, dos extensos imperios en que el despotismo se ocultaba bajo las apariencias de un régimen moderado y patriarcal. Por el contrario en Méjico, algunos pueblos pequeños, cansados de la tiranía, se habían dado constituciones republicanas. Pero es sabido que solo despues de fuertes tempestades populares pueden formarse estas constituciones libres; y el hecho de existir repúblicas, no arguye civilizacion muy moderna. Efectivamente, ¿ como puede dudarse de que una parte de la nacion mejicana había llegado á un cierto grado de cultura, si se reflexiona el cuidado con que estaban compuestos los libros geroglíficos **, y se trae á

* El imperio del Zaque, que comprendia el reino de la Nueva-Granada, fue fundado por Idacanzas ó Bochica, personage misterioso, que segun las tradiciones de los Mozcas, vivió en el templo del sol de Sagomuzo, por espacio de dos mil años.

** Los manuscritos aztecas estan escritos ó sobre papel de magüey, ó sobre pieles de ciervo; los hay de 20 á 22 metros de largo, y cada página tiene de 100 á 150 pulgadas cuadradas de superficie. Estos manuscritos estan doblados de un lado y otro en figura de rombo; unas tablas de madera muy delgadas, atadas por sus extremos, forman su encuadernacion, dándoles la semejanza de nuestros libros en 4^o. Ninguna nacion conocida del antiguo continente ha hecho tanto uso de la escritura geroglífica, y ninguna tampoco nos

la memoria que un ciudadano de Tlascala, en medio del ruido de las armas, se aprovechó de la facilidad que le daba nuestro alfabeto romano, para escribir en su lengua cinco volúmenes de historia de su patria llorando amargamente su esclavitud?

No vamos á resolver ahora el problema, á la verdad muy importante para la historia, de si los mejicanos del siglo xvi^o estaban mas civilizados que los peruanos, y si unos y otros, abandonados á sí mismos, hubieran hecho mas rápidos progresos hácia la cultura del entendimiento, que los que han hecho bajo la dominacion del clero español. Tampoco examinaremos, si á pesar del despotismo de los reyes aztecas, tenia el individuo particular en Méjico menos estorbos para sus adelantamientos que en el imperio de los Yncas. En este el legislador no habia querido ejercer su accion sobre los hombres sino por junto; conteniéndolos dentro de los límites de una obediencia monástica, y tratándolos como máquinas animadas, los forzaba á trabajar en obras que nos asombran por su regularidad, por su grandeza, y sobre todo por la perseverancia de los que las dirigieron. Si analizamos el mecanismo de la teocracia peruana, que

presenta verdaderos libros encuadernados como los que acabamos de describir. No debemos confundir con estos libros otras pinturas aztecas compuestas con los mismos signos, pero en forma de tapicerías de 60 pies cuadrados. He visto algunas de estas en los archivos del vireinato de Méjico, y aun yo poseo algunos fragmentos que he hecho grabar en el atlas pintoresco que acompaña á la Relacion histórica de mi Viage.

comunmente se ha encarecido demasiado en Europa, observaremos que en todas partes donde los pueblos estan divididos en castas, cada una de las cuales no puede dedicarse sino á cierta especie de trabajos; en todas donde los habitantes no gozan de una propiedad suya particular, y trabajan para beneficio comun de la sociedad; en todas estas partes, digo, se podran encontrar canales, caminos, acueductos, pirámides, edificios inmensos; pero estos pueblos, si bien conservan por miles de años el mismo aspecto de abundancia exterior, no adelantan casi nada en la cultura moral, porque esta solo es el resultado de la libertad individual.

En el cuadro que vamos bosquejando de las diferentes castas de hombres que componen la poblacion de la Nueva-España, nos limitamos á considerar el indio mejicano en su estado actual, y no descubrimos en él ni aquella movilidad de sensaciones, facciones y gestos, ni aquella prontitud de ingenio que caracterizan á muchos pueblos de las regiones equinocciales del Africa. No hay contraposicion mas patente, que la que se observa comparando la vivacidad impetuosa de los negros de Congo, con la flema exterior del indio de color bronceado. Esta contraposicion hace que las mugeres indias prefieren los negros, no solo á los hombres de su propia casta, sino aun á los europeos. El indígena mejicano es grave, melancólico, silencioso, mientras los licores no le sacan de sí: y esta gravedad se hace aun mas notable en

los niños indios, los cuales á la edad de 4 á 5 años descubren mucha mas inteligencia y chispa que los hijos de los blancos. El mejicano gusta de hacer un misterio de sus acciones mas indiferentes, no se pintan en su fisonomía aun las pasiones mas violentas; presenta un no sé qué de espantoso cuando pasa de repente del reposo absoluto á una agitacion violenta y desenfrenada. El indígena del Perú tiene costumbres mas dulces; la energía del mejicano degenera en dureza. Estas diferencias pueden nacer de la que habia en el culto y en el gobierno antiguo de uno y otro pais. La energía se deplega principalmente en los habitantes de Tlascalá; pues en medio de su envilecimiento actual, aun se distinguen los descendientes de aquellos republicanos por cierta arrogancia característica, que les inspira el recuerdo de su antigua grandeza.

Los americanos asi como los habitantes del Indostan, y como todos los pueblos que han gemido por largo tiempo bajo el despotismo civil y religioso, estan apegados con una obstinacion extraordinaria á sus hábitos, costumbres y opiniones: y digo á sus opiniones, porque la introduccion del cristianismo apenas ha producido otro efecto en los indígenas de Méjico, que el de sustituir unas ceremonias nuevas, símbolos de una religion dulce y humana, á las ceremonias de un culto sanguinario. Este paso de un rito antiguo á otro nuevo ha sido efecto de la fuerza, y no de la persuasion. Los sucesos políticos han producido

esta mudanza. En el nuevo y antiguo continente los pueblos semibárbaros estaban acostumbrados á recibir de las manos del vencedor nuevas leyes, y nuevas divinidades; en su concepto los dioses indígenas, una vez vencidos, habian cedido el puesto á los extrangeros. En una mitología tan complicada como la de los Mejicanos, era fácil hallar parentesco entre las divinidades de Aztlan y las del oriente. Cortés mismo supo aprovecharse mañosamente de una tradicion popular que suponía que los españoles no eran sino los descendientes del rey Cuetzalcohuatl, el cual habia pasado desde Méjico á otros paises situados al oriente, para llevarles la agricultura y las leyes. Los rituales que compusieron los indios en caracteres geroglíficos al principio de la conquista, y de que poseo algunos fragmentos, demuestran evidentemente que en aquella época se confundía el cristianismo con la mitología mejicana. El Espíritu Santo se identificaba con el águila sagrada de los aztecas. Los misioneros no solo toleraban sino que aun favorecian hasta cierto punto esta mezcla de ideas, por cuyo medio se introducía el culto cristiano mas fácilmente entre los indígenas; les persuadieron que ya en tiempos muy antiguos se habia predicado el evangelio en América; y buscaron las huellas de esto en el rito azteca con el mismo ardor con que en nuestros dias los sabios que se entregan al estudio del Samskrit indagan la analogía entre la mitología griega, y la de las orillas del Ganges y del Buramputer.

Estas circunstancias, que especificaré mas por menor en otra obra, explican como los indígenas mejicanos han olvidado fácilmente sus antiguos ritos, á pesar de la tenacidad con que estan apegados á todo lo que les viene de sus padres. No es un dogma el que ha cedido á otro dogma, es solo un ceremonial, el cual ha dejado el puesto á otro. Los naturales no conocen de la religion mas que las formas exteriores del culto. Amantes de todo lo que depende de un órden de ceremonias prescriptas, encuentran ciertos placeres en el culto cristiano. Las festividades de la iglesia, los fuegos artificiales que las acompañan, y las procesiones mezcladas de danzas y de disfraces extravagantes, son para la gente comun india un manantial fecundo de diversiones. En estas fiestas es donde se despliega el carácter nacional, tal cual es el de sus individuos. En todas partes el rito cristiano ha tomado el color del pais á donde ha sido trasplantado. En las islas Filipinas y Marianas, los pueblos de la raza malaya le han mezclado con sus propias ceremonias; en la provincia de Pasto sobre la loma de la Cordillera de los Andes, he visto indios con máscaras y llenos de cascabeles hacer danzas salvages alrededor del altar, mientras que un fraile de San Francisco elevaba la hostia.

Avezados los indígenas de Méjico á una larga esclavitud, tanto bajo la dominacion de sus soberanos como de la de los primeros conquistadores, sufren con paciencia las vejaciones á que todavía se hallan fre-

cientemente expuestos de parte de los blancos; sin oponer contra ellas sino la astucia encubierta bajo el velo de las apariencias mas engañosas de la apatía y estupidez. No pudiendo el indio vengarse de los españoles sino muy rara vez, se complace en hacer causa comun con estos para oprimir á sus propios conciudadanos: vejado desde muchos siglos, forzado á una obediencia ciega, desea á su turno tiranizar á otros. Los pueblos indios estan gobernados por magistrados de la raza bronceada; y el alcalde indio ejerce su poder con una dureza tanto mayor, cuanto está seguro de ser sostenido por el cura ó por el subdelegado español. La opresion produce en todas partes unos mismos efectos; en todas corrompe la moral.

Perteneciendo casi todos los indígenas á la clase de gente del campo y del populacho, es difícil juzgar de su aptitud para las artes que adornan y dulceifican la vida humana. No conozco ninguna raza de hombres que al parecer tengan menos imaginacion. Cuando un indio llega á un cierto grado de cultura, manifiesta una gran facilidad para aprender, un juicio exacto, una lógica natural, una inclinacion particular á sutilizar ó á pararse en las mas exquisitas diferencias entre los objetos que compara; raciocina friamente y con órden, pero no manifiesta esta vivacidad de imaginacion, este colorido de pasion, este arte de crear y producir, que caracteriza los pueblos del mediodia de la Europa y varias tribus de negros africanos. Sin embargo no apunto esta opinion sino con timidez; es preciso ser